

En Pentecostés celebramos el don del Espíritu Santo y lo que algunos llamaron el cumpleaños de la iglesia. Pensemos en el contexto de esos primeros seguidores y las semanas posteriores a la resurrección. El Espíritu Santo vino en medio de la interrupción y la incertidumbre. Incluso, Jesús se apareció a algunos de sus seguidores en esos 40 días después de su resurrección y les dijo que tenía que dejarlos, recordándoles que enviaría al Consolador, un Ayudador y les dijo que recibirían poder para hacer lo que él les había enseñado. Los niveles de ansiedad deben haber estado fuera de las listas. El ambiente político era tal que no era seguro para ellos asociarse públicamente con el movimiento de Jesús y ciertamente no eran libres de reunirse como comunidad. Pero en medio de esa incertidumbre, el Espíritu Santo vino para darles consuelo y fortaleza, justo lo prometido por Jesús. En medio de esta pandemia, un momento de gran perturbación e incertidumbre, he visto al Espíritu Santo aparecerse a iglesia para consolarnos y darnos paz, para recordarnos que Dios está con nosotros y para fortalecernos para que podamos continuar viviendo nuestro llamado como la Iglesia de Jesucristo. El Espíritu Santo también cambió las perspectivas. Muchos de estos seguidores habían escuchado a Jesús enseñar, lo habían seguido pensando qué entendían quiénes eran, pero el poder de su mensaje no se hizo realidad hasta que vino el Espíritu Santo. Pedro, ese discípulo de cabeza dura, el que declaró públicamente su lealtad y luego negó públicamente a Jesús, se convirtió en un poderoso predicador que articulaba el evangelio de manera que hizo que tres mil personas se unieran a esa comunidad ese día, y el Espíritu cambió su comprensión de sí mismos como comunidad. Comenzaron a reunirse y a compartir en sus casas la cena del Señor, se consolaron y se animaron mutuamente, pero también se enseñaron mutuamente lo que Jesús les había enseñado y se cuidaron mutuamente. Compartieron lo que tenían para que todos tuvieran suficiente. Tuvieron el coraje de imaginar un mundo donde todos tuvieran suficiente, un mundo en el que todos somos bienvenidos. El Espíritu Santo también los equipó, sin importar lo que piensen de lo que sucedió en ese aposento alto, para mí el milagro no es solo que las personas pudieran hablar idiomas que antes no sabían. Pero todos escucharon el mensaje del Evangelio en su propio idioma. Los idiomas eran herramientas para llegar a las personas. Debemos permitir que el Espíritu Santo nos equipe con nuevas herramientas, nuevas formas de ser iglesia, nuevos métodos, debemos escuchar nuevas historias para escuchar nuevas voces. En este día de Pentecostés estamos en medio de una gran interrupción y oro para que seamos más sensibles que nunca a los regalos y la guía del Espíritu Santo. En Isaías 11 el profeta dice: "El Espíritu del Señor estará sobre el Mesías" y el reino de paz del que todos hemos leído ni siquiera es posible a menos que el Espíritu del Señor esté presente. Sin el Espíritu no tenemos movimiento para personas sin hogar en un mundo fragmentado, pero con el Espíritu podemos pasar por tiempos de incertidumbre e interrupción con coraje y fortaleza. Con el Espíritu, nuestra perspectiva puede cambiar para que podamos imaginar grandes cosas para Dios, podemos imaginar un mundo donde todos tenemos suficiente y tuviéramos el coraje de trabajar por él, para asegurarnos de que haya lugar en la mesa para todos y que la dignidad de la creación de Dios sea respetada por todos. Con el Espíritu podemos avanzar y emerger con fuego fresco como una nueva iglesia lista para servir y presentarse en un mundo nuevo. Que así sea.